



Revista Geográfica Venezolana

ISSN: 1012-1617

regeoven@ula.ve

Universidad de los Andes

Venezuela

Altez, Rogelio; Revet, Sandrine
Contar los muertos para contar la muerte: discusión en torno al número de fallecidos en la tragedia de
1999 en el estado Vargas–Venezuela
Revista Geográfica Venezolana, vol. 46, 2005, pp. 21-43
Universidad de los Andes
Mérida, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=347730361003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Contar los muertos para contar la muerte: discusión en torno al número de fallecidos en la tragedia de 1999 en el estado Vargas—Venezuela*

Counting the diseases to tell the death: discussion about the number of deaths in Vargas'99 tragedy, Vargas State—Venezuela

Rogelio Altez* y Sandrine Revet**

Recibido: abril, 2005 / Aceptado: mayo, 2005

Resumen

El desastre sufrido por el estado Vargas (Venezuela), en diciembre de 1999, produjo un severo impacto en la sociedad venezolana, en medio de un contexto políticamente sensible. Una impresionante destrucción material, a lo largo de decenas de kilómetros de costa y montaña, condujeron a opiniones y declaraciones generalmente apresuradas acerca del número de muertes ocasionado por el evento. Los responsables de generar esas opiniones (medios de comunicación y autoridades políticas y asistenciales nacionales e internacionales), pronto estimaron cifras que rápidamente dejaron de ser precisas y elevaron sus límites a decenas de miles de fallecidos, sin sistematizar sus fuentes ni precisar los totales. Este trabajo se propuso revisar cuidadosamente esas cifras, buscando en fuentes directamente involucradas con los hechos, así como también razonar sobre los efectos generados por la construcción común de un discurso que, tarde o temprano, comenzó a identificar las consecuencias de aquellas lluvias con la mayor tragedia de la historia venezolana.

Palabras clave: número de muertes; desastre; desaparecidos; intensidad subjetiva.

Abstract

The disaster suffered by Vargas state (Venezuela, December 1999) has produced a severe impact in the Venezuelan society, in the middle of a sensitive political context. An extraordinary material destruction, along the coastline and mountain for dozens of kilometers, they led to generally hasty opinions and declarations about the diseases caused by the event. The responsible for generating those opinions (medias, political authorities, national and international aids), soon had estimated numbers that quickly became inaccurate and lifted its limits to tens of thousand dead persons, without systematizing its sources neither specifying the totals. This work is intended to check those numbers carefully, by searching in sources related to the facts, as well as to think of the effects generated by the common construction of a discourse that, sooner or later, began to identify the consequences of the rains with the biggest Venezuelan history tragedy.

Key words: number of diseases; disaster; missing persons; subjective intensity.

* Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Escuela de Antropología, Caracas-Venezuela, e-mail: ryaltez@cantv.net

** Universidad de la Sorbonne Nouvelle, Instituto de Altos Estudios para América Latina, París-Francia, e-mail: s.revet@wanadoo.fr

Introducción

Los desastres han sido, históricamente, eventos generadores de caos en las sociedades en las que sobrevienen. Sin embargo, al mismo tiempo son un producto indivisible y representativo del contexto en el que hacen su aparición (Altez, 2000 y 2002). Como eventos catastróficos, contribuyen al afloramiento de inestabilidades y fragilidades características de las estructuras sociales que golpean, y permiten, igualmente, el surgimiento y la puesta en práctica de recursos muchas veces insospechados. En la contemporaneidad, los desastres, entendidos como un hecho, han sido enfrentados con estrategias asistencialistas, antes que mitigados desde la prevención. No escapa a estas generalidades lo sucedido en el estado Vargas en diciembre de 1999.

Luego del impacto súbito que significó el gigantesco flujo de detritos a lo largo de todo el litoral central venezolano, las respuestas al evento no se hicieron esperar. Entre todo el despliegue de autoridades y voluntarios que abordaron la escena, uno de los aspectos más llamativos resultó ser la mención al número de víctimas. Sobre una población total en el estado Vargas de 308.303 habitantes (OCEI, 1997) un 25% de la misma se vio directamente afectada, tanto por verse obligada al desplazamiento forzado, como por haber perdido sus viviendas, o bien por haber fallecido¹. Sobre este escenario, no tardaron en dar sus declaraciones las autoridades competentes. Al respecto, se presenta un cuadro ejemplo (Cuadro 1) con algunas de esas declaraciones.

Una aproximación periódica y cotidiana a las zonas afectadas, sumada al manejo teórico y metodológico de las variables que se combinan para el advenimiento de un desastre, permitió el surgimiento de dudas e interrogantes acerca de estas cifras y afirmaciones. Las inquietudes que guiaron hacia los primeros cuestionamientos frente al elevado número de muertes que construyó el discurso comunicacional y político, surgieron, quizás, de una *etnografía inevitable*, aquella que asalta a la mirada de la realidad cuando se manejan herramientas de conocimiento vinculadas al tema de estudio. En este caso, los impactos, efectos y consecuencias del desastre de diciembre de 1999 en el estado Vargas, exhibidos en una ventana permanentemente abierta a lo largo y ancho de todo el litoral central venezolano, permiten la elaboración de razonamientos que, necesariamente, conducen a preguntas que necesitan respuestas certeras.

Fue igualmente inevitable, por consiguiente, dudar del discurso generado por la coyuntura del momento, construido de manera efervescente por los intereses encontrados de varios actores de la escena nacional e internacional (Figuras 1 y 2). De manera que las fuentes documentales de la catástrofe, mezcladas entre periódicos, alocuciones, televisión y propaganda, se convirtieron en *información para dudar...*

Por ello, uno de los objetivos a los que pretende llegar este estudio es el recordar *la necesidad metodológica de estimar sistemáticamente el número de víctimas fatales en un desastre*, entendiendo este

Cuadro 1. Relación de algunas de las declaraciones efectuadas por autoridades y medios de comunicación en torno al número de muertes

Fecha	Fuente	Número de muertes	Responsable
16/12/99	El Universal, p.1	25 en Vargas ²	Manuel Santana, jefe de Planificación en Casos de Desastre del Cuerpo de Bomberos del Distrito Federal
17/12/99	El Universal, p. 4-17	"Incalculables"	Defensa Civil
17/12/99	El Universal	Más de 100	Defensa Civil
17/12/99	El Universal	100, en el estado Vargas	Estimaciones de Defensa Civil, Gobernación del Distrito Federal
19/12/99	El Universal, p. 1	250	El Universal
19/12/99	El Universal, p. 1-3	25.000	Lenin Marcano, Alcalde de La Guaira
20/12/99	El Universal	337	El Universal
21/12/99	El Universal	10.000	El Universal
22/12/99	El Universal, p. 1-4	30.000 sepultados	Ángel Rangel, Director de Defensa Civil
22/12/99	El Universal, p. 1-4	25 a 30.000. "Nunca vamos a saber el número final"	José Vicente Rangel
24/12/99	El Universal, p. 1-4	15.000 a 20.000	General Raúl Salazar, Ministro de la Defensa
24/12/99	El Universal, p. 1	50.000	El Universal
29/12/99	El Universal, p. 1-11	50.000. "El saldo de víctimas triplica las causadas por el huracán Mitch en Centro América"	George Weber, Cruz Roja Internacional



Figura 1. Reproducción digitalizada de la primera página del diario El Universal del 17 de diciembre de 1999



Figura 2. Reproducción digitalizada de la página 1-11 del diario El Universal del 29 de diciembre de 1999

aspecto como uno de los más importantes para evaluar correctamente los eventos catastróficos, evitando así las afirmaciones descuidadas que sólo benefician intereses ajenos a las poblaciones afectadas.

Contar los muertos

Tal como se aprecia en las cifras citadas anteriormente, hubo cierta ligereza a través de la cual se intentó determinar el número de muertes en la tragedia de Vargas'99. Estas afirmaciones estuvieron más cercanas a la impresión de un *golpe de vista* (la cifra otorgada por la Cruz Roja, por ejemplo, fue el resul-

tado de un sólo vuelo en helicóptero), que a una aproximación sistemática. En este trabajo se realizaron revisiones cuidadosas de distintas fuentes que permitieron hipotetizar sobre el número de muertes en aquel diciembre.

En ese sentido, esta investigación totalizó dos listas sobre los datos revisados: una que ha sido llamada *Lista de víctimas fatales* (basada en los restos hallados), y otra *Lista de desaparecidos* (basada en las denuncias de familiares desde el propio mes de diciembre de 1999 hasta finales del año 2000). La primera de ellas obtiene un resultado de 521 (quinientas veintiuno) víctimas fatales, y la segunda un total de 331 (trescientos treinta y uno)³ desaparecidos (que po-

dría entenderse como un número probable de restos no hallados)⁴.

Para obtener estas cifras fueron revisados los archivos de la Medicatura Forense de Caracas y de la Medicatura Forense de La Guaira (que comenzó a operar con normalidad a partir de finales del año 2000), cotejando los datos allí asentados desde el 15 de diciembre de 1999 hasta la actualidad. En efecto, si se toma en cuenta que el levantamiento de cadáveres en la zona afectada estuvo en manos de la Medicatura Forense de Caracas (ayudada por el Ejército, la Guardia Nacional, los Bomberos y Defensa Civil, y asistida en la mayoría de las oportunidades por el Ministerio Público), es razonable suponer que sus registros iluminen esta situación. Del mismo modo, fueron revisados los periódicos de las fechas conmemorativas del evento para los años 2000, 2001, 2002, 2003 y 2004 (revisando los recordatorios y aniversarios de muertes entre los obituarios), así como también se visitaron los cementerios General del Sur en Caracas y el Municipal La Esperanza, en el estado Vargas. Por otro lado, se realizaron entrevistas a sobrevivientes, testigos y familiares de desaparecidos⁵.

Asimismo, ha sido parte de comentarios comunes el señalar que la mayoría de los cuerpos nunca fueron recogidos y aún se hallan sepultados bajos los escombros. Esta afirmación no es otra cosa que una consecuencia de las declaraciones apresuradas que se dieran cercanas al acontecimiento, las cuales viciaron la opinión en general e impidieron dar claridad a la perspectiva sobre el asunto.

Sin embargo, también es cierto que la población afectada utilizó estos 'datos' para construir su propia visión horrorosa del evento, posicionándola, a su vez, en un lugar *afectivo* y *simbólico* compartido: fueron decenas de miles de muertes.

Al parecer, siguiendo esas cifras, se trata de un error la suposición que afirma que la mayoría de los cuerpos jamás fueron recogidos. El razonamiento siguiente lo aclara: es posible suponer que la gran mayoría de las personas que perdieron familiares denunciaron el caso, bien por la desaparición de sus cuerpos, o bien por la identificación de los mismos; ¿cuántas personas realmente dejarían de interesarse en ello? La sociedad venezolana es, como la mayoría latinoamericana, una comunidad cristiana y mayoritariamente practicante de su religión (Figura 3). *Es poco creíble que decenas de miles de muertes, lo cual implica unos cientos de miles de dolientes, sean descuidadas por familiares convencidos de la necesidad de atender debidamente a sus fallecidos.* Esta investigación, precisamente, propone reflexionar metodológicamente sobre este punto.

No se descartan del razonamiento los posibles casos de familiares que, imposibilitados de reaccionar razonablemente o paralizados ante el shock traumático del caso, jamás denunciaron sus pérdidas humanas o desconfiaron de los receptores de las denuncias (tanto como de los responsables de ejecutarlas). Sin embargo, resultan ser casos aislados que no afectan los resultados totales de manera significativa. Asimismo, también es probable que muchas de estas perso-



Figura 3. La fe cristiana, claramente reflejada en los rituales de sepultura, forma parte de la tradición y la lectura de la realidad de la mayoría de la sociedad venezolana. Fotografía: Sandrine Revet, tomada en el Cementerio General del Sur, julio de 2004

nas iniciaran el trámite de su denuncia ante instancias como el 800-CIVIL por ejemplo, o inscribiendo un nombre en alguna lista de Internet, confiando con ello que bastaba para asegurar la prosecución correspondiente y abandonando más tarde las secuencias necesarias para contribuir, sin proponérselo, a la pérdida del dato.

Luego de atender los anteriores planteamientos, resulta coherente suponer que la información proveniente de los responsables de estudiar a los cadáveres es bastante completa. Por otro lado, si es

válida la afirmación que señala que fue imposible rescatar a la mayoría de los cadáveres, *¿por qué el número de desaparecidos es significativamente menor que el número de restos hallados?* (Figura 4).

Para llegar a creer que aún quedan unas 49.000 personas sepultadas en los escombros del estado Vargas (si se toma en cuenta la cifra sugerida por la Cruz Roja como elemento de comparación), habría que dar crédito a la suposición que afirma que la mayoría de las muertes no fueron tratadas por los organismos ofi-



Figura 4. Parte de la última osamenta hallada hasta el momento de la elaboración de esta investigación. En la medida en que más osamentas sean encontradas, más crecerá el número de restos no identificados, aproximándose aún más su total al de los desaparecidos. Fotografía: Rogelio Altez, tomada en Carmen de Uria, noviembre de 2004

ciales (lo que supone que los familiares y dolientes se habrían desinteresado en el caso). La lenta pero continua remoción de escombros hasta el presente atestigua lo contrario: no se han hallado tantos cadáveres como para estar convencidos de ello. Puede sugerirse que de hallarlos los ignorarían, pero los datos de las morgues señalan que los restos hallados en los últimos años (apenas unas cinco decenas entre el año 2000 y el 2004, fecha del último hallazgo⁶), fueron denunciados rápidamente.

Otro aspecto que ya forma parte del discurso común sobre la tragedia es la afirmación de que muchos de los cuerpos fueron a dar al mar y que aún se encuentran allí. Sin embargo, dentro de la lista de restos hallados se encuentran 79 cuerpos rescatados de las costas del estado Falcón (al oeste del estado Vargas), arrastrados por las corrientes que se mueven en esa dirección. Si la mayoría de los cuerpos aún estuvieran sumergidos (algo poco probable), ¿por qué sigue siendo menor la lista de desaparecidos que la de restos hallados?

Por otro lado, y finalmente, las cifras obtenidas no son, ni deben entenderse, como totales definitivos. Sobre estos datos se han elaborado cálculos y razonamientos que permiten continuar reflexionando sobre el tema. Entre otras cosas, puede asegurarse que, aun cuando las afirmaciones acerca de la existencia de cadáveres localizados bajo escombros o no denunciados son una suposición descuidada, ha de entenderse como una factibilidad, la cual, si bien no es significativa en la variación que aportaría al número final, igualmente obliga a decir que *el total debería entenderse como la suma de las dos listas, más un número probable pero reducido de casos no registrados*.

A pesar de ello, ha de comprenderse que existe la probabilidad de que muchos de los casos denunciados como desaparecidos, estén incluidos en la condición de *no identificados* de la lista de víctimas fatales. Esto reduciría aún más el total. Sin embargo, como ese estimado es un imponderable que jamás podrá verificarse, se toma como válida la sumatoria de las dos listas y la probabilidad de la existencia de una cantidad poco significativa de casos no registrados. Además, el número de no identificados en esa lista es de 290 (doscientos noventa): una cifra muy cercana al total de la lista de desaparecidos. Es decir, si el número de desaparecidos superara significativamente al número a los restos no identificados, sería correcto estimar que es probable que falte una cantidad relevante de cuerpos por hallarse.

En este sentido, las relaciones que han de establecerse entre los totales de las listas elaboradas en esta investigación, permitirán aproximarse a razonamientos, reflexiones y conclusiones que, desde diversas perspectivas, ilustren críticamente la problemática acerca del número de muertes en la tragedia que el estado Vargas sufrió en diciembre de 1999. Una de estas aproximaciones la ofrece, como ya se observó anteriormente, la *sumatoria simple* de las dos listas, esto es: el total de restos hallados (521), más el de los desaparecidos (331), lo cual genera un resultado de 852 (ochocientas cincuenta y dos) víctimas. Ha de señalarse que esa cifra debe asumirse como la *probabilidad no estadística* de que el total de fallecidos llegue a ese monto.

Sin embargo, existe la amplia probabilidad de que el total de cuerpos no identificados (290), incluya una gran parte del total de los desaparecidos. Es importante señalar que en los momentos más críticos del desastre, no fue posible (ni para las autoridades, ni para la población en general), desplegar un espectro de recursos eficaces que sistematizaran la situación, y que permitiesen el rápido acceso a la identificación de los cadáveres hallados, o bien que se distribuyesen de manera ordenada y eficiente los espacios en donde se llevaban a cabo los estudios forenses sobre las víctimas. Esto contribuyó severamente al enterramiento apresurado de muchos restos que jamás pudieron ser identificados (Figura 5). Por ello, parece coherente suponer que entre los no identificados se hallen la mayoría de los desaparecidos.

La proximidad de ambos totales (290 y 331), tal como se aseguró anteriormente, también lo sugiere.

Al mismo tiempo, otra problemática guarda estrecha relación con este aspecto. En efecto, las desapariciones de personas no parecen haber estado exclusivamente vinculadas a los efectos de los arrastres torrenciales⁷. De acuerdo con la opinión de muchos familiares de desaparecidos, en el caso específico de los niños, aparentemente una gran cantidad de ellos fueron víctimas del tráfico de menores. Si esto es cierto, buena parte del total de sus desapariciones no debería ser imputada al efecto de las llu-

vias y deslizamientos, sino al oportunismo inescrupuloso e inhumanitario de criminales. Actualmente, aún hay padres que continúan buscando a sus hijos...⁸ (Figura 6).

Estas circunstancias no son, como podría pensarse desde un frío aserto, una generalización simple de quienes, bajo una clara proyección negadora y ante la imposibilidad de enterrar el cuerpo de un familiar fallecido, abrigan la esperanza de reencontrarlos. Está claro que este efecto psicológico del duelo imposible (como resultado de la falta física del cuerpo), también opera en muchas personas que se hallan en esas circuns-

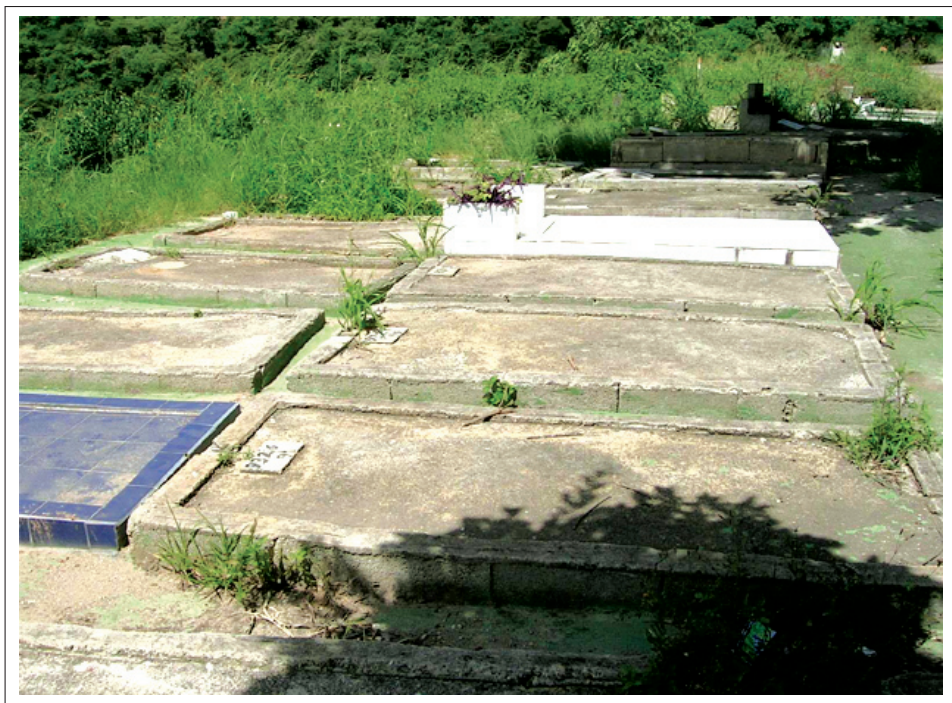


Figura 5. Vista parcial de la Terraza 5 del Cementerio General del Sur, donde se aprecia un grupo de tumbas sin identificar de las víctimas de la tragedia. Fotografía: Sandrine Revet, julio de 2004

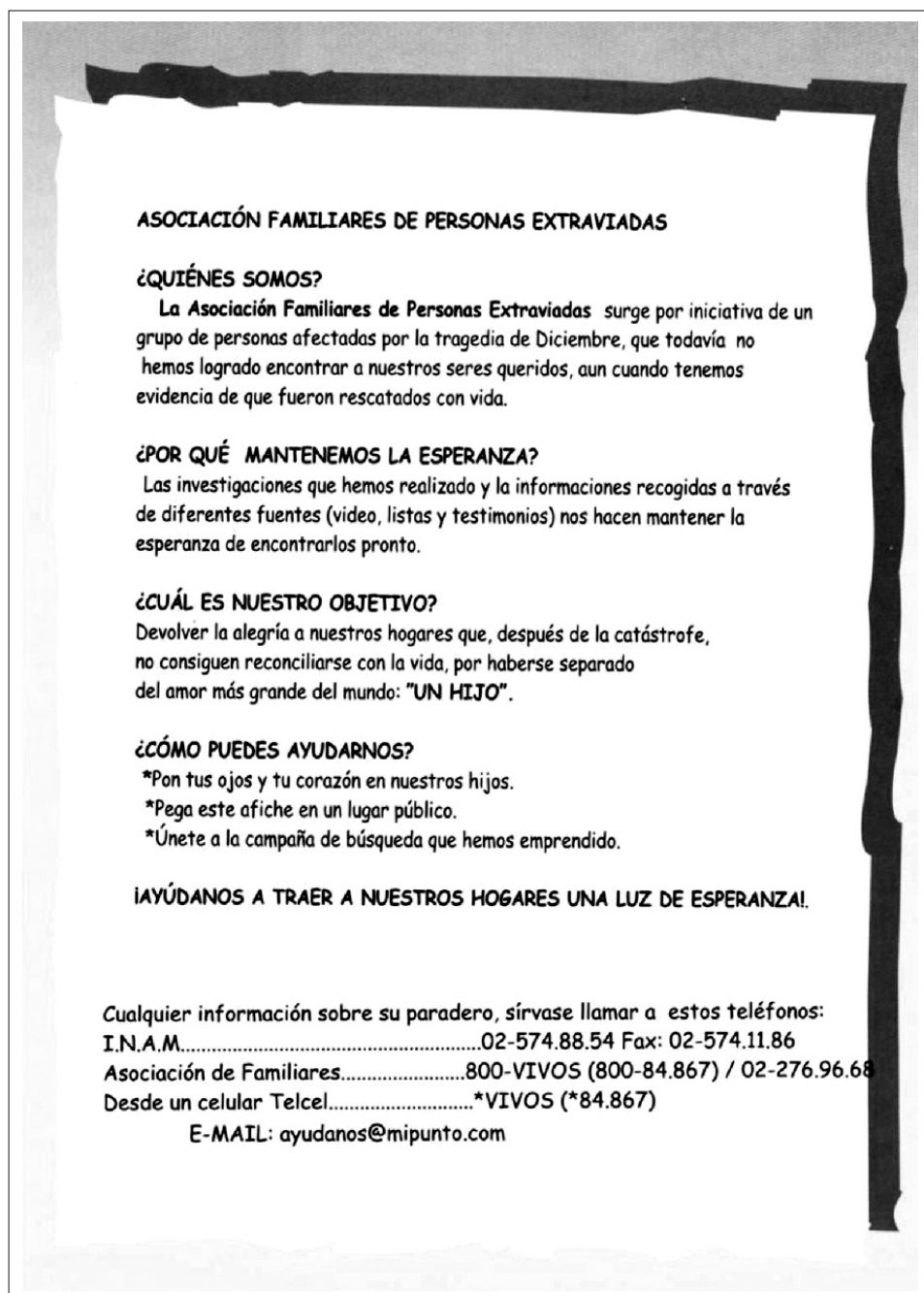


Figura 6. Pliego de uno de los afiches de la Asociación de Familiares de Personas Extraviadas

tancias. Sin embargo, más allá de esto, algunos de esos casos pudieron ser documentados y fueron reunidos en la *Lista de desaparecidos bajo sospecha de vida*, la cual agrupa los 20 (veinte) casos de mayor confiabilidad en la denuncia y en la prosecución de la misma⁹.

Si estos 20 casos se restaran del total registrado de desaparecidos (331), el resultado sería: 311, una cifra mucho más cercana aún a la de restos no identificados¹⁰. En todo caso, 20 no es un número significativo. Pero lo que sí resulta relevante al respecto es el hecho de que entre los desaparecidos, hayan existido casos posteriormente resueltos al descubrirse que algunos de estos niños habían sido secuestrados por traficantes. En ese sentido, la hipótesis acerca de que el número de desaparecidos se relaciona efectivamente con el de restos no identificados, parece cobrar mayor solidez.

Asimismo, el hecho de que el número de desaparecidos denunciados por la asociación sea tan diferente y distante (entre los dos afiches publicados no pasan de doscientas personas), al que manejan los medios de comunicación¹¹, también es un indicador de que el *total real de decesos posibles* en la tragedia es *ciertamente menor* (y por mucho), al que manejó (y continúa manejando) la opinión pública. Por otro lado, destaca el hecho de que entre los propios desaparecidos denunciados por la asociación, existan personas a las que más tarde se les comprobó físicamente su fallecimiento al hallarse sus cuerpos¹². Esto también permite suponer que el razonamiento que afirma que entre los restos no identificados se

encuentra una buena cantidad de desaparecidos, sea una hipótesis sólida con buenas probabilidades de certeza.

Finalmente, esta investigación no ha tenido por objeto manejar cifras exactas o concluir de manera absoluta sobre los totales hallados. La sistematización de estos datos pretende demostrar la significativa diferencia entre el discurso construido desde el propio contexto del desastre y las cifras aproximadamente reales del caso. Tampoco se pretende *corregir* lo que la sociedad asumió como *la mayor tragedia de la historia*, o bien reducir las decenas de miles de muertes que le conducen a darle un lugar con ese significado. Estos resultados sólo describen y analizan las circunstancias, al tiempo que recuerdan la necesidad de mantener la debida distancia perspectiva para realizar afirmaciones que, tarde o temprano, culminen afectando la percepción de la realidad, tanto en la sociedad, como en la comunidad científica.

Contar la muerte

Las cifras de decenas de miles de muertes dieron la vuelta al país y al mundo, y sobre estos datos se construyó tanto la *interpretación* del desastre como la *asistencia*: se trata de un discurso que produce, igualmente, un impacto tan material como simbólico. Mientras por un lado se evaluaban los daños y efectos totales sobre un estimado espectacular de número de muertes, por el otro se ofrecían y recibían ayudas en una medida correspondiente a ese número, iniciando con ello,

también, una mirada sobre el asunto que desde entonces comenzaba a construir la *representación de la tragedia*.

Esta relación es un hecho que sobreviene a cualquier desastre en todo el planeta y se presenta como uno de los primeros e inevitables impactos que generan los eventos catastróficos. Para calificar la intensidad de un desastre, generalmente se mencionan distintos datos que presentan la medida de su importancia: a propósito de un terremoto, puede hacerse referencia a su magnitud, permitiendo con ello una comparación inmediata con otros eventos del mismo tipo.

Sin embargo, de manera casi sistemática, es el número de personas fallecidas en el evento el que sirve de medida para juzgar de la importancia del desastre. Sin que haya una escala macabra que defina a partir de cuántos fallecidos logra un desastre obtener cierto rango de importancia *nacional* o *internacional*, este número contiene en sí mismo una carga simbólica importante. Rápidamente, la comparación con otros eventos (como el huracán Mitch, citado por el responsable de la Cruz Roja Internacional), o con tragedias históricas (como la guerra de independencia), contribuye a la asignación de un lugar en el ranking de tragedias que permite, igualmente, medir su intensidad, magnitud o tamaño, así como también calcular la ayuda material.

Interesa aquí entender a los mecanismos que sostienen la construcción de la representación que se hizo de la tragedia del 1999. Es decir ¿por qué fue tan fácil para el discurso común la apropiación

de un número tan alto de muertes? Ante esto, parece pertinente recurrir a la distinción operada por Philippe Schoeneich (2001), entre la *intensidad objetiva* (o intensidad del fenómeno en sí), y la *intensidad subjetiva* (o intensidad percibida). Parece importante, entonces, analizar lo que ha pasado en Venezuela a propósito del número de víctimas de 1999 para poder entender de qué manera y a través de qué mecanismos se construye la intensidad subjetiva.

Por un lado, y como se mencionó anteriormente, las repuestas aparecen en el examen de los mecanismos pragmáticos. La ayuda recibida es directamente proporcional a la magnitud de la tragedia. No parece ser muy arriesgado razonar que con un reducido número de muertes, la ayuda internacional también se habría visto reducida. Si bien son innegables las consecuencias negativas sobre la infraestructura de toda la región, así como también sobre la población y la economía (lo cual merece auxilio inmediato, indudablemente), también lo es que estos aspectos sugieren un impacto menor sobre la mirada de los países volcados a ayudar que, obviamente, lo que inspira un elevado número de víctimas y afectados.

Lo que se dijo

Puede ser interesante, entonces, volver a seguir el hilo de las declaraciones que se hicieron en esos días. El primer número de muertes que aparece en la prensa para diciembre de 1999, es: 25 en Vargas

y 4 en Miranda¹³. Al día siguiente, el 17 de diciembre, El Universal publica las *estimaciones* de Defensa Civil, institución que señala *más de 100* muertos, con un número de *desaparecidos* de 7.200 (en todo el país). Mencionaban, asimismo, 67 fallecidos y 3.200 personas desaparecidas en Caracas y el estado Vargas. Esa cifra se *mantiene* hasta el día 19 de diciembre, cuando en la primera página de El Universal se aprecia un cuadro con el título *Números de la catástrofe*¹⁴, anunciando 250 muertos *a nivel nacional*; mientras tanto, en la misma primera página, el entonces alcalde de La Guaira, Lenin Marcano, ofrece su propia *estimación*: 25.000 muertos.

Esa declaración del alcalde Marcano contrasta fuertemente con los balances realizados hasta entonces. En este momento de incertidumbre, esa declaración abrió la puerta a todo tipo de estimaciones. Las cifras presentadas por el cuadrito de la primera página del Universal el día 20 de diciembre (337 muertos), pasan a 10.000 al día siguiente sin ningún tipo de explicación.

Es el miércoles 22 de aquel diciembre cuando puede hallarse una nueva declaración oficial, en este caso la de Ángel Rangel, entonces director nacional de Defensa Civil, quien estimaba en 30.000 el número de cadáveres sepultados bajo los escombros. La declaración de Rangel (por el cargo que ostentaba), otorga peso y legitimidad a las altas cifras que a partir de ese momento comenzaron a manejarse. El cuadro diario encontrado en El Universal asciende el día 24 a un número aún más substancial: 50.000 muertos.

Sin embargo, todo esto contrasta con las declaraciones del Presidente de la República, Hugo Chávez, quien había afirmado el lunes anterior (20-dic-99), que el número de fallecidos “*contabilizados*” era de 342, reconociendo al mismo tiempo que ese número “*iba a crecer*”. De la misma manera, el entonces canciller José Vicente Rangel, el 29 de diciembre del ‘99, declaró que “*las cifras extraoficiales que maneja el Gobierno reportan 15.000 personas muertas (...) hasta ahora han sido encontrados alrededor de 700 cadáveres.*”¹⁵

No obstante, poco importan los matices. Las cifras altas de decenas de miles de víctimas aparecen desde entonces de una manera ineludible. El 24-dic-99, el General Raúl Salazar, Ministro de la Defensa en aquel momento, anunció que “*están tapiados a ocho o diez metros bajo lodo y piedras entre 15.000 y 20.000 víctimas del deslave en La Guaira.*”¹⁶ Es importante notar que el periódico titula “*Salazar cree que hay 30.000 sepultados*”, añadiendo así 10.000 personas al saldo de la declaración del propio Salazar. Esto permite entender, ciertamente, que a partir del momento en que las cifras ascienden a números muy altos, ya no vuelve a ser necesaria la precisión de las mismas.

El 29 de diciembre, en El Universal aparecen los *cálculos* de George Weber, responsable de la Cruz Roja quien, “*luego de sobrevolar todas la zonas de desastre en el litoral central, [calculó entre] 20.000 a 50.000 víctimas fatales*”. Vale la pena recordar que, después de Defensa Civil y dentro del contexto discursivo

de riesgos y catástrofes, el organismo que mayor legitimidad podría otorgar a las cifras de un desastre es, sin duda, la Cruz Roja Internacional. Su opinión contribuyó a transformar las *estimaciones en cálculos*. La cifra de 50.000 víctimas fatales fue la más elevada que se anunció en cuanto al evento de 1999. Es importante resaltar, asimismo, que *tal estimación fue ofrecida por un organismo humanitario vinculado con la ayuda internacional*. Es necesario también subrayar que, si al principio hubo tentativas de calcular a partir de datos exactos (diferenciando, inclusive, a las distintas zonas del desastre), muy rápidamente, las cifras manejadas por la prensa comenzaron a ser presentadas sin ningún tipo de detalles. Sólo parecía importante la magnitud de las cifras (Figura 7).

La relación material *desastre-ayuda*, y su correspondiente *mayor desastre-mayor ayuda*, se presenta, entonces, como uno de los resultados más claros y obvios que cualquier catástrofe supone. Un número de muertes alto, estaría seguramente acompañado de un alto beneficio en la ayuda internacional, aun cuando ese número no sea real sino más bien sobreestimado.

Sin embargo, parece obvio que este nivel de análisis (centrado en los aspectos meramente pragmáticos), no basta para entender por qué y cómo se conformó la construcción de un discurso del *sentido común* basado en un número de víctimas fatales tan alto. Para estudiar los demás niveles es necesario apreciar a otras variables.

Héroes y sacrificios

Una de esas variables aparece fuertemente vinculada al papel jugado por los medios de comunicación. Resulta pertinente, en ese sentido, mencionar la búsqueda de sensacionalismos por parte de distintos niveles de la sociedad, iniciando la mirada por la prensa. Como ya se apreció, las cifras fueron manejadas por los actores políticos del momento, así como por personajes relacionados con la ayuda internacional; sin embargo, fueron transmitidas por la prensa. Los medios de comunicación (esto es, el intermediario entre la fuente de información y el receptor del mensaje, o bien: el responsable de la construcción discursiva que tiene como destino al público en general, es



Figura 7. Titular de El Universal para el 19 de diciembre de 1999

decir, un *productor de discursos*), jugaron una vez más su papel de actor-protagonista al utilizar las distintas declaraciones de una manera que les permitiese participar en la construcción de una *intensidad subjetiva* tan desastrosa.¹⁷

En un mundo que vive vinculado a los acontecimientos planetarios permanentemente, la prensa ha adquirido un poder y un peso muy relevante. Esto, por cierto, no resulta ser un hecho reciente: una sola mirada a los periódicos de los años 1948 y 1951 (fechas de las últimas inundaciones de magnitud similar en la zona), revelan la importancia ya adquirida por los títulos sensacionales y las

fotos impactantes (Figuras 8 y 9). Sin embargo, en el mundo contemporáneo se hace necesario producir cada vez más un discurso basado en las emociones. ¿Cómo entender, si no se introduce esa variable, el hecho de que la primera página del Universal pase a anunciar 10.000 muertos el 21 de diciembre del '99, cuando anunciaba el día anterior 337, sin ningún tipo de explicación? ¿Sería 10.000 una especie de *promedio* calculado a partir del número de víctimas fallecidas contabilizadas (337), y las *estimaciones* realizadas por el alcalde Lenin Marcano (25.000)? Se debe analizar esa cifra como un número simbólico, car-



Figura 8. Titular de El Nacional para el 4 de agosto de 1948



Figura 9. Imagen de El Nacional publicada el 20 de febrero de 1951. La fotografía enseña efectos de los arrastres torrenciales en La Guaira, a pocos metros de la Casa Guipuzcoana

gado afectivamente, y capaz de dar una *representación cartesiana* (cuantitativa) a un evento con una magnitud hasta entonces *inconmensurable*. Las cifras de *decenas de miles de muertes* pueden ser interpretadas como la voluntad de utilizar herramientas positivistas y científicas (cálculos, cifras, mediciones), para expresar en términos modernos lo que en otros tiempos hubiera sido expresado en términos mágicos o religiosos.

Otro nivel que debe ser tomado en cuenta es la necesidad (para los sobrevivientes), de una construcción de sentido del evento, donde interviene un punto esencial: la relación con la naturaleza. El evento desastroso de 1999,

al ser calificado de *natural*, implica, en el contexto moderno, una paradoja todavía no resuelta. De hecho, si la modernidad implica un cambio de relaciones y percepciones entre el hombre y la naturaleza, con un mayor control de éste sobre ella, ¿cómo explicar, sin el apoyo del elemento religioso o *Providencial*, la incapacidad del ser humano para impedir las consecuencias de eventos de este tipo?

Quizás por ello, precisamente, se hace necesario elaborar un discurso que permita (re)construir el sentido perdido. Un discurso procesado a partir de los relatos del evento, que ofrezca la posibilidad de colocar a los seres humanos en posición

de héroes frente a la furia de la naturaleza. Historias cien veces contadas y escuchadas acerca del ruido, de la fuerza del río, de la madrugada sombría, de las decisiones tomadas, de actos heroicos para salvar la vida de un vecino o de una desconocida... Cuentos de los *innumerales muertos* encontrados mientras unos huían de su sitio en busca de resguardo... Relatos que permiten la construcción de mitos. No es tan fácil sobrevivir a un evento traumático de este tipo. Pero sobrevivir a *la peor catástrofe*, quizás permita dar un sentido a lo incomprensible. Quizás por eso los sobrevivientes,

y los que buscaron un sentido a lo que había pasado (es decir, la mayoría de la población venezolana), se conformaron con el discurso de las *decenas de miles de muertes*. Más aún, contribuyeron a su construcción (Figura 10).

Esas cifras, como pudo apreciarse, son el resultado simbólico de una construcción colectiva de variables sociales y culturales que se entrelazan, y no de un discurso vertical construido meramente por autoridades *competentes*. Se trata de evaluaciones transformadas en cálculos, retomadas a la vez por la prensa y por el discurso *común*. Al seguir el camino

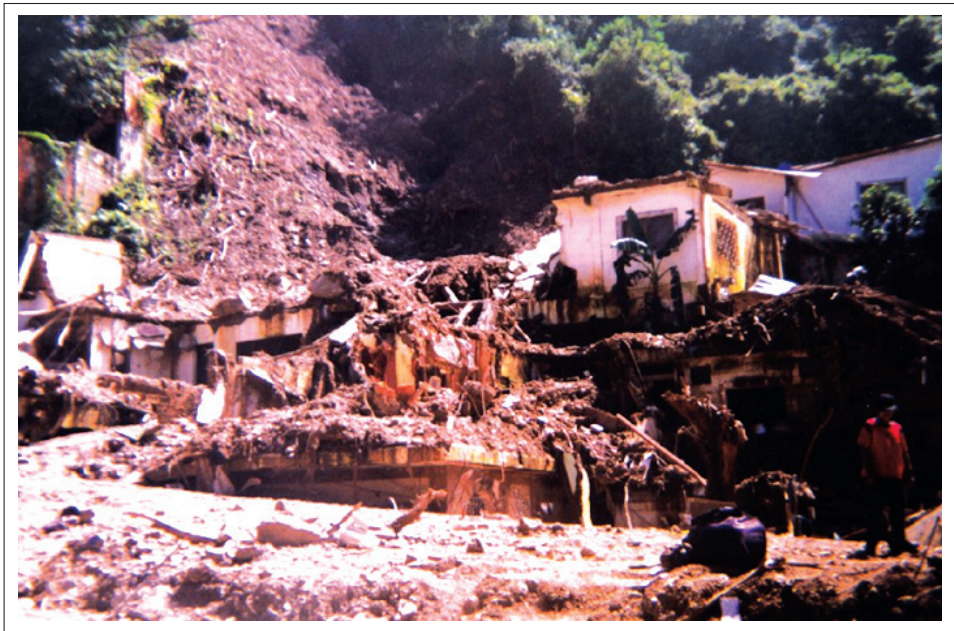


Figura 10. Fotografía del deslizamiento ocurrido el 16 de diciembre en la zona de La Veguita (Macuto), el cual produjera la muerte de varias personas refugiadas en la casa que se aprecia destruida. Escenas y hechos como este contribuyeron a la elaboración del discurso sobre la tragedia: aludes repentinos, oleajes gigantescos y muertes colectivas, favorecieron la idea del *mayor desastre de la historia*. Fotografía tomada por un habitante de la zona a pocos días del hecho y cedida gentilmente a los autores

de las declaraciones, de hecho, es fácil perderse en el esfuerzo por saber cuál fue la intención primaria en la construcción de tal discurso sobre el número de muertes. Lo que es evidente es que más que intenciones, existió la *necesidad* de hacerlo.

La búsqueda de sensacionalismo, tal como la necesidad de construcción de sentido, deben ser también relacionados con la *fascinación* que procuran los eventos desastrosos, y con la necesidad de otorgarles un carácter excepcional para reconstruir el sentido que las sociedades de la modernidad no son capaces de concederles. En esa misma dirección, Baudrillard (1976), señala que los eventos desastrosos llegan a tener en las sociedades contemporáneas el papel de *sacrificios*. Para que el sacrificio tenga su sentido, en el marco de la mediatización y de la competición entre los eventos y, también, para obtener las primeras páginas de los medios de comunicación quizás sea necesario un elevado número de víctimas.

Conclusión

La ocurrencia de fenómenos naturales susceptibles de contribuir con un desenlace catastrófico, generalmente logra producir hitos o marcas¹⁸ en el desarrollo de una sociedad. Estas fronteras que señalan un *antes* y un *después* de lo ocurrido contribuyen a grabar un recuerdo que se asienta, sin lugar a dudas, en la generación que vivió las experiencias traumáticas del desastre. Sin embargo,

los recuerdos *no necesariamente* llegan a convertirse en memoria.

No obstante, los desastres de gran intensidad producen referencias y referentes que muchas veces culminan alimentando la memoria colectiva (especialmente si el fenómeno irrumpe en una coyuntura históricamente conflictiva o coyunturalmente significativa). Impactos de gran envergadura, con efectos capaces de hacer girar los hilos temporales de una sociedad o de una región entera, pueden convertirse en bisagras simbólicas, luego de las cuales, la vida de todos cambie para siempre. Esa es una manera especialmente cruda de generar memoria.

En el caso venezolano, algunos terremotos cobraron ese papel tristemente protagónico: los sismos de 1674 en la región andina, que empobrecieron a la creciente Mérida y retrasaron su proyección en la región por más de un siglo (al respecto, véase Palme y Altez, 2002); los terremotos de 1812, que sirvieron de colofón siniestro a la caída de la Primera República, coyuntura especialmente rica en estos aspectos y que quizás sea el ejemplo más cercano al evento de 1999; o bien el poco recordado sismo de Lobatera en 1849, luego del cual la población entera se mudó a kilómetros del lugar para fundar otra ciudad.

Esa crudeza, precisamente, se despliega desde los efectos negativos de la irrupción del fenómeno: amplia destrucción con severos impactos en la economía, y un elevado número de muertes que siempre sea flexible, manteniendo indefinida su cifra, la cual ha

de fluctuar en torno a números que nunca descienden. He allí la paradoja del asunto: creer y convencerse de que fue la *peor catástrofe*, beneficia a la memoria, o bien también puede decirse que *muchos muertos ayudan a la memoria colectiva...*

Pero esta no es una fórmula o un axioma que siempre ha de cumplirse inequívocamente. La tragedia de Vargas en 1999 cuenta con esas dos opciones: o bien será el duro recuerdo de una o dos generaciones (perdiéndose en el olvido como ya ocurrió con los desastres anteriores), o quizás llegue a ser una frontera simbólica en medio del sinuoso cauce de la memoria colectiva de la región.

Si el olvido es el que realmente ha marcado su sello en la larga sucesión de eventos desastrosos ocurridos en la historia venezolana¹⁹ (hasta permitir retornos recurrentes en la región litoral e instalaciones en zonas que a lo largo de la historia fueron destruidas por fenómenos similares al ocurrido en 1999), es posible que este último evento logre marcar una ruptura histórica en este proceso de olvido. A pesar de todas las dificultades existentes para materializar los recuerdos en memoria y convertirlos en *memoria colectiva* (a través de mecanismos tales como las conmemoraciones, cada vez más informales, o la escasa creación de *lugares de memoria* para retomar la expresión de Pierre Nora²⁰), se perfila claramente una curva perceptible desde hoy en día. Para tomar un ejemplo de eso, se pueden mencionar las tentativas de inclusión de las variables *riesgo*, *amenaza* o *vulnerabilidad* dentro del

aparato legal y técnico relacionado con la *reconstrucción* de la zona²¹. A pesar de las dificultades encontradas en la puesta en práctica de las voluntades de planificación, incluyendo el riesgo de la zona como una característica constitutiva²², es importante señalar los cambios lentos pero notables que el evento de 1999 parece haber iniciado.

Una de las características necesarias para que un evento desastroso genere memoria en una sociedad, parece entonces ser un número importante de víctimas fatales, sin que importe que este número sea *real* o *construido* a partir de estimaciones y declaraciones sin averiguar. Esto conduce, ineludiblemente, a medir el impacto que pueda tener lo simbólico sobre decisiones muy concretas tales como leyes, ayuda material y decisiones políticas y económicas.

Es posible, entonces, esperar que el alto precio pagado por todos los fallecidos y desaparecidos de la tragedia de Vargas, se convierta en una nueva frontera para el manejo de los desastres en el país. Esta bisagra histórica estaría marcando una ruptura con los procesos habituales de olvido y avanzando hacia los primeros pasos de la construcción de una memoria política y social que preste atención al entorno, al ambiente y a los fenómenos naturales como parte del propio contexto social y cultural, permitiendo con ello mitigar los impactos de otros desastres similares que tienen toda la probabilidad de presentarse nuevamente en la misma región.

Aclaratorias y agradecimientos

La participación de Sandrine Revet en este trabajo ha sido realizada en el marco del trabajo de investigación del doctorado en ciencias sociales en el IHEAL (Instituto de Altos Estudios para América Latina, París 3), y gracias al apoyo del proyecto de cooperación ECOS Nord: *Poblaciones desplazadas: entre refugios temporales y nuevos sitios. Biopolítica de un desastre natural*, asociando a la Escuela de Antropología de la UCV y al CRESP (París 13). La revisión de diarios y periódicos (El Universal, El Nacional y Últimas Noticias), se llevó a cabo en la Hemeroteca Nacional. También fueron revisados los cuadernos, libros y protocolos de casos de los archivos de la Medicina Forense de Caracas y de la Medicina Forense de La Guaira. Asimismo, fue consultado el libro de entierros del Cementerio Municipal La Esperanza, vía a Carayaca, estado Vargas. Finalmente, los autores quieren expresar su agradecimiento a las siguientes personas, quienes prestaron una importante colaboración en el proceso de desarrollo de esta investigación: Rosario Massimo, Ana Luisa López, Lourdes Pérez, Juan Rodríguez, Maryorit Pacheco, Maritza Garaicoechea, Livia Muñoz, Moravia Lozada (todos ellos antropólogos físicos), y los señores Alicia Ocando de Liendo y David Paz.

Notas

- * Este trabajo está dedicado a la memoria de los fallecidos y desaparecidos en la tra-

gedia del estado Vargas en diciembre de 1999 y al respeto que se merecen todos sus dolientes.

- 1 Cálculos elaborados para esta investigación sobre datos de la OCEI y del FUS. Es pertinente señalar, asimismo, que las dos parroquias más afectadas de todo el estado Vargas (Macuto y Caraballeda), poseían para entonces, un total de habitantes de 13.926 y 35.481, respectivamente. Estas cifras resultan interesantes si se comparan más adelante con las estimaciones de muertes para todo el litoral.
- 2 El día 16, el número de muertos aparece con detalles: 3 en Caruao, 3 en Macuto, 1 en Caraballeda, 6 en La Guaira, en Guanape: 8 (con el listado de los nombres), El Cojo: 3.
- 3 En la primera versión de este trabajo (Altez y Revet, 2004), las cifras obtenidas fueron de 514 restos hallados y 191 desaparecidos. El enriquecimiento de la investigación permitió ajustar los resultados.
- 4 Asimismo, también fue elaborada una tercera lista: *Lista de desaparecidos bajo sospecha de vida*, en base a datos aportados por la *Asociación de Familiares de Personas Extraviadas* y a entrevistas llevadas a cabo a familiares y testigos de los hechos. Esa lista contabilizó 20 (veinte) casos.
- 5 Uno de los recursos más utilizado en las semanas de crisis e incertidumbre cercanas a la tragedia fue, sin duda, la denuncia de desapariciones a números telefónicos, listas de Internet y correos electrónicos especialmente destacados para ello. Uno de ellos, el 800-CIVIL (línea telefónica manejada por Defensa Civil), recogió alrededor de 5.000 denuncias. Sin embargo, es igualmente importante señalar que las

- mismas, en la mayoría de los casos, no fueron corroboradas o corregidas, cuando así lo ameritaban (por ejemplo, muchas de ellas se repetían, o bien, si las personas aparecían vivas o muertas, no se retiraban sus nombres de las listas).
- 6 En noviembre de 2004 fue hallada la última osamenta de que se tiene información (trasladada a la Medicatura Forense de Maiquetía), cuando maquinaria militar despejaba la zona para señalar la imposibilidad de desarrollar nuevas viviendas en Carmen de Uria. Estos restos fueron enterrados el 7 de diciembre de 2004 en la Terraza K, parcela 0336, bóveda superior, Cementerio Municipal La Esperanza, vía a Carayaca, estado Vargas.
 - 7 Vale la pena señalar que en el reciente desastre del sur asiático, ocasionado por los efectos del tsunami del 26 de diciembre de 2004, y que produjera la muerte de decenas de miles de personas, se enseñó igualmente otro aspecto grotesco de las consecuencias de los eventos desastrosos: el tráfico de niños. Esto también afectó la condición y las causas de los desaparecidos en aquella región. Existen registros históricos de todas las épocas y de todos los rincones del planeta que documentan el aprovechamiento y el oportunismo de quienes se benefician de la desgracia ajena. Esta no es la excepción.
 - 8 Decenas de casos podrían ser citados como ejemplos. No en vano se agruparon bajo el nombre de *Asociación de Familiares de Personas Extraviadas*, utilizando, entre otros, el conocido recurso del número telefónico 800-VIVOS (diferente al 800-CIVIL). También, los afiches titulados “Ayúdanos a encontrarlos”, dieron la vuelta al país. Gracias a ello, algunas personas aparecieron... Sin embargo, otras jamás fueron halladas. Pero el hecho de que algunos de ellos reaparecieran vivos (secuestrados, perdidos, con amnesia), permite pensar en la posibilidad de que el número total de denuncias de desaparecidos, no se corresponda con el *total real de fallecidos no hallados*, víctimas de los desbordamientos de quebradas y deslizamientos de laderas. Esos niños desaparecidos en el tráfico de menores, fueron víctimas de otro tipo de tragedia...
 - 9 En este aspecto, las entrevistas a familiares y testigos resultaron de gran utilidad.
 - 10 Desde el año 2000 muchos rumores, comentarios e incluso investigaciones policiales se han entretendido sobre el asunto.
 - 11 Mientras El Universal del 17 de diciembre de 1999 daba la cifra de 7.200 personas desaparecidas, el 15 de Diciembre del 2004 el periódico caraqueño 2001 anunciaba un sorprendentemente exacto número total de “14.803 personas desaparecidas”.
 - 12 En esta investigación pudieron comprobarse cuatro casos por el estilo.
 - 13 Según una declaración del jefe de Planificación en Casos de Desastre del Cuerpo de Bomberos del Distrito Federal. Esa cifra está publicada por El Universal el 16-dic-99.
 - 14 Con muchas precauciones, el cuadro notifica “cifras parciales” y señala como “fuentes” a “recopilaciones y estimaciones.”
 - 15 El Universal, 29-dic-99, p.1-11.
 - 16 El Universal, 24-dic-99, p.1-4.
 - 17 Para otro estudio del papel jugado por la prensa en la construcción de percepciones en el país a raíz de la tragedia de 1999, véase Sandrine (Revet, 2004).

- 18 Se hace referencia aquí a la noción de marca desde dos acepciones: por un lado, puede apreciarse como una *huella* o *cicatriz*, con la cual no siempre se convive cómodamente; y por el otro, también puede entenderse a las marcas como aquellas *fronteras* medievales de la Península Ibérica, donde cristianos y musulmanes delimitaron sus dominios separados por líneas históricamente elásticas, que fueron corriéndose paulatinamente hasta cambiar su lugar por completo y desaparecer junto con los mismos motivos que las definieron.
- 19 Véase (Revet, 2004 b).
- 20 “Esas unidades significativas (...) que la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo han transformado en elementos simbólicos de cualquier comunidad”. Pierre Nora (1992:57).
- 21 Un ejemplo entre otros es el *Plan de ordenación del Estado Vargas* (POTEV), documento elaborado por el Ministerio de Ambiente y de Recursos Naturales a partir de las consultorías financiadas por el programa de Gerencia Ambiental del Banco Mundial.
- 22 Por ejemplo, es necesario señalar que el Decreto del mismo *Plan de Ordenación del Estado Vargas* todavía no había sido aprobado en diciembre del 2004.

Referencias citadas

- ALTEZ, R. 2000. Desastres y conocimiento; breve ensayo sobre la mirada histórica de la sismología. En: **Visiones del oficio. Historiadores venezolanos en el siglo XXI**. 453-474. José Ángel Rodríguez (comp.). Academia Nacional de la Historia-Comisión de Estudios de Postgrado-Facultad de Humanidades, UCV, Caracas.
- ALTEZ, R. 2002. De la calamidad a la catástrofe: aproximación a una historia conceptual del desastre. *III Jornadas de Sismología Histórica*, 169-172. Serie Técnica N° 1-2002, FUNVISIS, Caracas, Venezuela.
- ALTEZ, R. y REVET, S. 2004. *Certezas y paradojas: discusión en torno al número de fallecidos en la tragedia de 1999 en el estado Vargas*. **Boletín de Historia de las Geociencias**, 94:21-26 (Dedicado a los resúmenes de las IV Jornadas Venezolanas de Sismología Histórica y V Simposio Venezolano de Historia de las Geociencias).
- ALTEZ, R.; J. A. RODRÍGUEZ; F. URBANI y J. DELGADO SCHMITZ, M. 2002. Riesgos ambientales urbanos y vulnerabilidad en Caracas y el Estado Vargas. Aludes como fuente de riesgo, pasado y presente. Guía de Campo. *III Coloquio sobre Microzonificación Sísmica y III Jornadas Venezolanas de Sismología Histórica*. FUNVISIS, Caracas. 22 p.
- BAUDRILLARD, J. 1976. **L'échange symbolique et la mort**. Gallimard, Bibliothèque des Sciences humaines, Paris, 343 p.
- FONDO ÚNICO SOCIAL (FUS). 2002. *Total de familias en los núcleos de desarrollo local*, Caracas, 20 de febrero. Documento inédito.
- NORA, P. 1992. **Les lieux de mémoire**. Paris Gallimard. (3 Tomos).
- OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA (OCEI). 1997. *Proyecciones para 1999*. **Boletín estadístico**. Caracas.

PALME, C. y ALTEZ, R. 2002. *Los terremotos de 1673 y 1674 en los Andes venezolanos.*

Interciencia, Caracas, 27 (5):220-226.

REVET, S. 2004. *¿Quién soy? ¿Quiénes somos? entre categorización y estigma ¿Cómo gestionan sus identidades los venezolanos damnificados?.* **Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales**, UCV-Caracas, 10 (1):39-57.

REVET, S. 2004 b. *Reconstruction après une catastrophe naturelle au Venezuela: ¿les territoires de l'oubli?* Comunicación (oral) al Simposio de Investigadores de la Ecole Doctorale ED122 de l'Université de Paris 3 – Sorbonne Nouvelle, Paris, 16 de junio. (Inédito).

SCHONEICH, P. 2001. Risques naturels, espace vécu et représentations: le nécessaire décodage de la mémoire. En: **Histoire et mémoire des risques naturels**, René Favier et Anne Marie Granet-Albisset (dir.), Grenoble, MSH-Alpes, 282 p.

SINGER, A., C. ROJAS y LUGO, M. 1983. **Inventario Nacional de Riesgos Geológicos, estado preliminar**, FUNVISIS, Caracas. 128 p.